



JOYAS Y GERIFALTES

Enrique González Rojo Arthur

2013

LA CARICIA

Mano que resiste a acariciar
se marchita,
engarrota y enmudece.
Aunque en apariencia conserve los dedos,
el laberinto niño de sus huellas digitales
y un manejo espectral de manoteos,
se vuelve,
ensimismada,
en algo así como un callejón sin salida,
un muñón impotente, ciego,
atolondrado.

La caricia de un muñón,
su pasar por la piel una brocha
de tacto,
despierta más que placer
el blanduzco terror
de ser acariciado por un pequeño monstruo
concupiscente.

No hay nada más afortunado
que una caricia de buena factura,
en su punto,
hecha como Dios manda,
como si se le diera a la piel
una mano maestra
de barniz libidinoso.

Hay que saber hacerlo:
no deslizarla tan superficialmente
que linde con las cosquillas
y produzca el temblor con que los cuerpos
luchan por deshacerse de las hormigas
invisibles del escozor.

Ni realizarla con una presión tal,
en apretamiento desmedido,
que se avecine con el dolor,
temple el instrumento musical de su dolencia,
y lo taña en contrapunto de quejidos.

Nada de exagerar.
El justo medio le da la palabra
a un erotismo

que entra a la mayoría de edad
con tacto,
gallardamente,
las sienes canosas de experiencia.
Antes de ser alpinistas
y estar a una Babel de acariciar el cielo
hay que encaramarse
a nuestros afanes
más plausibles y a la mano.
Es más fácil subir
al seno de Mayra, la vecina de abajo,
que al Nevado de Toluca.

Sólo así.
Sin saltos mortales.
Sin tutearse con la grandilocuencia
de los superlativos.

La caricia adecuada
es un “ábrete Sésamo”,
meterle zancadillas al pudor,
descobijar prejuicios,
hipnotizar la piel ajena

hasta volverla complicidad
de futuros asedios.

La caricia consciente de sí
se propone seducir todos los obstáculos,
animar a la carne a incinerar remilgos
y hacer una limpieza general de incienso
en los órganos internos.

Una caricia astuta
que sabe dónde, cuándo y cómo
hacer acto de presencia,
y con la ayuda de un ósculo
que no se coagule en estación terminal,
tiene evidentes consecuencias
bíblicas e históricas:
tras de arrojar lo cotidiano al cesto de basura,
produce metamorfosis decisivas
en la cama:
con mágico vuelco transforma
las sábanas
en un predio del paraíso
con su tierra,

sus pastos,
sus plantas y sus flores.
Y allí, como siempre,
los cuerpos desnudos
que intercambian pedazos de entusiasmo,
sudores, identidades,
serán una más de las infinitas
reencarnaciones
de Adán y Eva, nuestros huérfanos padres,
y un árbol sobrecargado
de impúdicas manzanas,
sin que falte jamás la presencia,
consabida,
imprescindible,
protagónica,
de la eterna serpiente.

LA SAL DE LOS ENCUENTROS

Que no somos células aisladas,
escindidas por la soledad personal
que a cada quien le adosa el nacimiento,
lo demuestra el saludo.

Las manos se estrechan
y reestablecen en un punto amoroso del
espacio
la dispersa, flotante e invisible
especie humana.

¡Que alegría encontrar a un viejo amigo!
Las manos estorban.
Decimos: “vengan acá esos brazos”
y nos sentimos felices de poner entre
paréntesis,
segregado del mundo,
nuestro común aprecio.

Pobre de aquel que no tiene a quien saludar
o que, en lugar de familia,

tiene muebles, cuadros, candeleros.
Y que al salir de su casa
sólo le da la mano
al botón de la puerta.

En su isla, Robinson, al despertarse,
decía “buenos días” a los árboles
y saludaba de mano a los acantilados.
Pero esos saludos –cuya buena intención
no servía como antídoto
al veneno corrosivo de lo falso-
no eran el puente entre dos soledades
o el nexo entre dos de esas criaturas
que han sido arrojadas
a este valle de sollozos,
preguntas
y saludos.

Si le retiras a alguien el saludo
(la mano con guante de desdén)
es una forma atemperada
de atentar contra su vida,
de pasarlo por las armas del ninguneo,

y sufrir el amargoso exilio
del enjambre.

Hay saludos, lo sé,
que padecen enfermedades viles
y nefandas.

El “*Ave Caesar, morituri te salutant*”
es una aberración,
una excepción olorosa a azufre,
uno de esos juguetes que,
el día menos pensado,
el demonio saca de las bolsas de su traje.

El saludo verdadero es abrir la ventana,
darle la bienvenida al aire fresco,
intercambiar con los otros
pequeñas palomas mensajeras,
conspirar contra nuestros límites,
amordazar soliloquios,
darle la palabra a la amorosa punta
de los dedos.

Cierto que hay saludos rutinarios,

como cuando le digo "buen día"
al vendedor de periódicos,
mientras le pongo 10 pesos en la mano
a cambio del globo terráqueo
y sus escándalos y desgracias cotidianas.
Pero también hay saludos especiales,
privilegiados,
fuera de serie,
como cuando, tras la consabida presentación,
damos la mano
a la que va a ser
el amor de nuestra vida.

Las manos, al tocarse,
al saborearse mutuamente,
palpan de pronto
el porvenir,
la esperanza,
los prodigiosos contornos
del milagro.

Con los saludos germinan relaciones
que pueden florecer y redondear frutos,

pero que, con los adioses,
acaban por ajarse
o pudrirse.

Las despedidas vuelven a poner en los
tobillos

del tú y el yo

los grillos de sus soledades
respectivas,

le meten zancadillas al saludo,

pisotean su campo de retamas,

no le exigen pasaporte al viento helado,

infectan al encuentro.

Pese al infarto cardiaco

que el adiós puede generar

en los saludos, éstos son

el santo y seña de la tribu.

LA ALHAJA DE GIOCONDA

Te invito, lector, a que pintes
con un lápiz (ocioso pero veraz)
un óvalo hasta formar una cara;
adentro de ella, y en la parte superior,
dos líneas curvas sobre dos puntitos
para hacer las cejas y sus ojos,
después una pequeña recta vertical
que termine en un par de agujeros
-donde el aliento pone su columpio-
y por último una línea
levemente curvada hacia el cielo
que pone su minúsculo escenario
por donde brota,
bajo las candilejas de la simpatía,
la sonrisa a decir su parlamento.

No hay deporte más divertido y exitoso
que salir a la caza de sonrisas.
Así como lo igual busca lo igual
-Anaxágoras dixit-

la mejor manera de dar con una sonrisa
es sonreír.

Salvo las cosquillas,
que obligan a niños y niñas a desternillarse
de placer,

la mejor manera de hacer reír o sonreír
a uno de ellos

es mirarle a los ojos dos segundos
y esbozarle una sonrisa.

La regla devora todas sus excepciones.

Si ves a una mujer
haciéndole preguntas impropias
a la balanza,
y a punto de saber que supera
en dos o tres kilos su sereno
deambular por la vida,
suéltale una amplia,
hipnotizante sonrisa,
y ella, reticente,
se verá en la necesidad
de pagarte con la misma moneda.

La sonrisa tiene virtudes de espejo.
Aunque es terriblemente contagiosa,
no es forzoso hablar de epidemia de sonrisas,
como de la influenza,
porque no surge de vez en vez
y en algunas regiones,
sino que es constante y ubicua.
No sé de ninguna persona,
ni la más triste del planeta,
que no haya sonreído varios miles de veces
en su vida.

Hay sonrisas para todo:
la propina con que a veces se paga un
servicio,
el clímax buscado por la broma,
el placer de los labios y los dientes
al celebrar un dislate del gobernante
en turno,
el muro defensivo
que, armado de ademanes,
tiende la mujer pudorosa
frente a las manos atrevidas

que rompen las reglas de tránsito.

La sonrisa es a la risa y a la carcajada
lo que el placer al coito y al orgasmo.
Es algo en verdad elegante que ella
no traspase los límites
que tiene con la risa y su hilarante explosión,
porque un estallido de timbales
desvanece los sutiles arabescos
de la flauta.

Hay sonrisas que se marchitan
en su nacimiento,
que nacen a la asfixia,
que se deshojan al entrar en contacto
con el aire indiferente del afuera.
Otras son inolvidables
como el amor que huye
en el último vagón de un tren ingrato...
Por eso guardo un álbum
que atesora
entrañables sonrisas
halladas en mi vida:

la de Alicia, desde luego,
la sonrisa de Enrique,
la de Mónica,
la de Bernardo,
y tantas más.

También hay sonrisas perversas,
prostitutas,
que tratan al hermano o a la hermana
como peldaños para subir
a su delirio de grandeza.

Todo puede salir de la boca
que pintaste en el óvalo de la cara
después de los ojos y las fosas nasales,
de esa boca entretenida
en traducir los jocosos sucesos
que ocurren en la entraña.

Cómo me gustaría
que, en terminando el poema,
los moradores de los predios olímpicos
expresaran su deleite

por lo que estoy diciendo
y por lo que mi lector ha dibujado,
no con los aplausos consabidos,
esa forma silvestre
de subir el volumen
del palpar del pecho,
sino esbozando en su boca
tan sólo una sonrisa.

JUGUETES

Me imagino que los embriones
o promesas de niño@,
cuando se hallan en el seno materno,
ni juegan ni tienen juguetes.
Me imagino, porque aún no acceden
al alumbramiento
y sin éste todavía no les nace
la dualidad de lo interno y de lo externo,
el adentro y el afuera,
el jugador y el juguete.

Y después, cuando el dedito índice del bebe
descubre que el lóbulo de la oreja de su
madre
se mueve si lo mueven
y no se mueve si no lo mueven,
halla, feliz, uno de sus primeros juguetes
y siente en su garganta la prehistoria
de la risa.

Las niñas y los niños descubren

el día, la hora y el segundo menos pensado
que no hay nada mejor en esta vida
que la diversión,
gozar exprimiendo
los jugos que contiene cada instante,
y estar entregados,
no a la noria de las obligaciones,
sino a la delicia
de que unos soldados de plomo
pasen por las armas
al aburrimiento,
o a la fortuna de confíale secretos a la
muñeca
que sabe guardarlos
como guarda su virginidad
toda mujer que pierde a las vencidas
con su niña interior,

Ese aburrimiento sin fronteras,
tan intemporal como el tiempo deshuesado,
clama por el juego,
el solaz,
el desentenderse de,

el olvidar la seria ocupación
de estar viviendo,
o el escapar de la siniestra convicción
de que uno está
en el andén del último suspiro.

Si el papalote puede ser juguete del viento
y el temor juguete de las apariencias,
el niño, la niña
son juguete de sus diversiones.
Viven bajo el cuidado de sus padres,
al cobijo del oxígeno
y hacen suya la ley
de que hay que matar el tiempo
puntualmente
sin salir del laberinto
de los trompos
o el insomne parpadear
de la muñeca.

Los juguetes, eternos compañeros,
cambian de forma, de signo, de carácter

con el paso moridor del tiempo.
De pronto, ya no son los juguetes inocentes
que, con sólo darles cuerda,
arrojaban el tedio
a los hornos crematorios
del olvido.

Ya no, ahora son los “juguetes rabiosos”,
los que juegan con nosotros,
los que –como en los juegos de azar-
nos enriquecen o empobrecen
en menos que canta el gallo sus urgencias
y el destino, desde quién sabe dónde,
y sin razón visible, nos arroja
la envenenada voz de su designio.

Cuánto mejor era el paraíso aquel
cuando el bebé sentía en su garganta
la prehistoria de la risa
al encontrar, feliz, el inicial
de sus juguetes:
cuando su dedito índice
descubría que el lóbulo de la oreja materna
se movía si se le movía

y no se movía si no se le movía.

DÁDIVA DE AFRODITA

Más que ser una estrategia
es un don.

Cuando, desde la cuna,
se oyen ruiditos y vocales
que entona la precocidad,
niñas y niños
sin duda están ensayando
esbozos de coquetería.

¿Qué afirma el coqueteo?

Dice: “quiero contigo”.

(la insinuación emplea la indirecta
como la línea más corta
para excitar la epidermis del deseo).

Habla: “Ven conmigo, hagamos algo”.

Pero ¿qué es este “algo” al que se invita?

No se sabe. Es la x de la conjetura.

Todo depende de la edad, las circunstancias,
la alambrada de púas de los prejuicios,

o la audacia que, a la par del vello del pubis,
le va naciendo a la interfecta
o interfecto.

Pero puede ser: “llévame a comer cosas
azules
al columpio”. O También:
“dejemos que si nuestras mentes
se hablan de usted,
nuestros cuerpos se tuteen”.
O quizás: “Bajémonos del árbol de los
prejuicios
para dejar de andar por las ramas”.

Grave riesgo, respecto a la insinuación,
es su mala lectura,
la torcida hermenéutica de sus señales de
humor.

Una *nínfula* te está echando los perros
y piensas que su acción
-hasta llegar a mostrarte el tatuaje que dejó
un piquete de mosco
en la parte interior de su muslo-

no es sino uno de los dialectos
de la inocencia.
Triste engaño.

Mas también hay quien confunde
la amabilidad con la coquetería,
las corteses palmadas en el hombro
con un posible beso que
ubicándose en los bordes de la tentación
se deje robar
y, si la fantasía no lo abandona,
proporcione enseguida el teléfono, la
dirección
y el pasadizo secreto que conduce
a las piernas abiertas
de la cama.

De igual modo suele confundirse la sonrisa,
que hace feliz la tarde del anciano,
con la invitación
a que desande en sí mismo
varios lustros de existencia
y deje de situarse

en la tribu asexuada de la tercera edad.

Cuando los mensajes se entremezclan y confunden

y el laberinto se transforma
en serpiente que se muerde la cola,
ante el emisor de guiños inquietantes,
el radar debe hallarse
doctorado en perspicacia,
sometido a un cuidado
de niña de ojos,
de reloj con reumatismo en sus andares,
de mundo sin divina providencia.

¿El galanteo es un arte
o una ciencia?

Tal vez se identifique con el uno
o con la otra.

La astucia por brújula,
sabe que el agua bautismal puede darle
cualquiera de esos nombres.

Pero es más bien un don,
algo que Venus,

brotando del mar de la placenta,
secretea al oído
de algunos bebés privilegiados
a la hora de nacer,
y que, como si fuera otra forma de respirar,
perdura de por vida.

En la atmósfera que aspiramos
hay multitud de invisibles
constelaciones de microbios.
Entre esas galaxias
uno de los peores elementos
es el virus de la soledad
que, contagioso al máximo,
se halla presto a violar
a quien baja la guardia.

La libido, cuna de la coquetería,
alimenta especial temor
en contraer el morbo de la soledad
porque no hay poder humano,
ni bistorí manejado por la mano de Dios,
que pueda componer la avería

y poner las cosas en su amoroso lugar.

Una coquetería permanente,
añéja,
que no se quita ni restregando
con lija la epidermis,
nos hace comprender
por qué un erotismo
(que se precie se serlo)
se halla condecorado
por las cicatrices
de su victoriosa lucha
contra la soledad.

Además de la coquetería natural
-aquella que se genera
en los cromosomas violetas del encéfalo-
hay una tan deliberada,
tan esculpida con las manos
del libre albedrío,
que seguramente busca
algo que tenga que ver
con los puntos cardinales de la cama,

con su desarreglo,
con el paralizado mar de las arrugas,
con el caos que empuja a las almohadas
a asomarse al precipicio.

SANGRE LIVIANA

Cuando entramos a una reunión
y damos de pies a boca con una mujer
o con un hombre de *sangre liviana*,
los vemos de reojo y nos acercamos a ellos,
como quien se acerca a un árbol
del que caen sus vástagos maduros.
Y aunque a veces la envidia
pasa frente a nosotros
corriendo, desnuda...
nos sentimos felices de tener ocasión
de tenderle celadas al aburrimiento.

Advertimos que sobresalen entre los otros
como los pinos que,
viendo sobre el hombro a los arbustos,
argumentan todo tipo de pájaros,
nubes y papalotes perdidos,
mientras éstos replican de manera insulsa,
chaparra, en el típico lenguaje
de la mediocridad.

La simpatía no se aprende.
No hay cursos de simpatía
en las universidades,
no se contagia con un apretón de manos,
con un beso-colibrí sobre otro beso
ni con el coito inolvidable del domingo.

Los amados y amadas de los dioses
no tienen nada que ver con el silencio
ni se muerden la lengua para firmar con
sangre
pactos con el mutismo;
lejos de ello,
son muy dados a hablar,
cantar e hilvanar bromas
hasta por los codos.

Sus carcajadas son cortas, como salidas
de la caja de música de la onomatopeya,
oxigenan el aire
y se acurrucan al final
en la garganta.
Saben pastorear las palabras justas

en el momento oportuno
-instando a los aplausos a salir a escena-
y liberan pajaritas de papel
de la jaula del cuaderno.

Pero también son diestros en callarse
y regalarnos,
cuando el barullo se instala
en todos los atriles de la tarde,
silencios en verdad inolvidables
impuestos al ambiente
por una batuta en el labio.

Las personas de *sangre pesada*
son tan visibles,
tan “miren, acá nos encontramos”
o “acá está el escenario, no se distraigan”
como sus antípodas.

Brillan por su presencia desagradable,
forman el fantasma de la náusea
en nuestros entresijos
y aunque los ojos

se sienten hipnotizados
por sus desfiguros,
los aborrecemos por su pedantería,
sus ademanes empalagosos
o malolientes,
su manera de construir oraciones
mascando sílabas y letras,
su despreciativa y altanera
forma de ignorar nuestras preguntas
o sacar a la intemperie
neologismos soeces y vulgares.

La palabra *acuarimántima*
es una palabra sensual por donde se le vea.
El poeta colombiano
que la trajo al mundo,
supo que los esdrújulos olorosos a mar
obtienen la victoria
en cualquier competencia de palabras.
Mas cuando la pronuncia una persona
antipática,
se diría que el vocablo ha contraído alguna
enfermedad

[incurable,
se oye como una majadería en esperanto
y el solo hecho de decirla,
envilece la atmósfera.

Ingenuos, podríamos pensar
que este mundo es un mundo
donde lo blanco y lo negro
forman, al empatar, el duunvirato
que rige el escenario.

Pero todo se enreda,
se complica,
anida en el regazo del embrollo
y la confusión toma el bastón de mando,
cuando, imprevistamente,
descubrimos que el individuo,
hombre o mujer,
toda simpatía,
toda miel en los labios,
toda gracia en su inimitable forma
de barajar sus ademanes,

es un pillo, un canalla,
un malhechor enmascarado por su bonhomía,
su buen carácter
o las volátiles palmadas en los hombros
de nuestra aquiescencia.

Todo se enreda y se complica
cuando,
rayo de luz que incendia las neuronas,
la experiencia y su fardo miradas incisivas
nos vuelve evidente
que, querámoslo o no,
algunos misántropos y energúmenos
que andan por el mundo
con cara, lengua, gestos
de pocos amigos, inesperadamente
hacen votos de honestidad
y tienen, feligreses de la congruencia,
la línea recta
como valor supremo.

Cuidado, lector.
Lectora, cuidado.

No podemos
dejarnos llevar por las apariencias,
por los “parece ser”
con pies de barro,
por la frivolidad que empina el codo
con el vino rosado
de su sangre liviana.

Que no quepa, pues, la menor duda:
tendremos buen cuidado
en no poner jamás a esas personas
simpáticas,
encantadoras
en el cuadro de honor de nuestra frente.

El mayor peligro,
al andar en la tierra movediza en la que
andamos,
es hacerla también zona minada
por la ceguera que nos obliga
a soltar las riendas
a los pasos en falso.

ROSTROS EN LA BRUMA

Criterio seguro para advertir
si lo que se juega entre un hombre y una
mujer
es la amistad

(suave como el terciopelo
que en su pequeño jardín ...
cultiva lentas y añejadas
caricias)
es poner en claro en qué momento se besan
y en dónde diablos lo hacen.

Si lo realizan en la sucia eternidad de la
costumbre, ...
a la hora del saludo y el adiós
y estrictamente en la mejilla
-sin la menor influencia de los padres ...
tentados por el fruto lujurioso-
se trata de ese sentimiento
viejo como el mundo,

perenne como flor que olvida marchitarse
y exquisito como postre ...
de merengues y nueces
que se hace a fuego lento
y a probadas de abuela,
al que damos el nombre de *amistad*.

Si los besos se realizan a deshora,
en las comisuras de la sorpresa ...
y en alguno de los puntos intermedios
entre el “qué tal” y el “me tengo que ir”,
y ya no sólo en la mejilla
sino, por ejemplo, en la frente,
los ojos o en el punto “g” del cuello,
ya no podemos hablar propiamente
de amistad,
sino de algo ambiguo,
indefinible,
con un pie mojado en la arena
y otro seco en el mar.
Estas situaciones y otras parecidas

-los *amigosos* o los *noviantes*-
son moneda corriente en la manada
de pudor trasquilado en que vivimos,
y andan vueltas locas a la búsqueda
de su debido nombre.

Si, por contra, el beso que se da
es de plano y sin remilgos en los labios,
es más claro que un agua
sin alianzas contra natura con el polvo,
que ya no se trata de amistad.

Las fanfarrias lo dicen.

Las guitarras maúllan sus arpegios.

Las flautas traveseras dan aliento
al castillo en el aire de sus notas
como si se abrieran

las jaulas y los picos
de bienaventurados pajarracos.

Pero no.

Estamos sacando conclusiones apresuradas,
hechas en la libreta de la rodilla,
partiendo de observaciones superficiales,

...

de aquellas que le bordan a la esencia
la textura falaz de lo aparente.
No, porque hay besos en la boca
-de aquellos que se dicen *picoretas*-
que tienen el mismo significado,
peso,
razón de ser,
que los besos que pellizcan su segundo de
existencia
en alguna mejilla.

Hombre y mujer amigos
se toman de la mano,
se apapachan,
se pasan horas y más horas
armando el rompecabezas
del sentido de la vida,
se dicen sus verdades,
se regalan de cumpleaños
confidencias,
pero trazan sin pretenderlo una muralla china
entre sus manos ateridas de tacto,
pero introvertidas e indiferentes,

y las espectrales y enigmáticas
partes pudendas del amigo o de la amiga.

.....

Hacen votos de castidad
entre ellos mismos,
y saben que la menor infracción
a su tácita ley de camaradas,
pone en peligro su trato,
su serenidad,
sus abrazos habituales
donde la excitación
nunca es llamada a escena.

En teoría, no se ven en la necesidad
de ejercer los celos,
ya que sus respectivos erotismos
jamás han tratado de seducirse mutuamente
-ni con el roce
de un pétalo de flor libidinosa-
ni ellos, allá en su soledad,
se masturban pensando en el otro o en la otra
y en sus pocos, medianos o exaltados

atributos sexuales.

Ningún amigo se suicida
(o coloca sus pies al borde de la idea)
si su amiga
pierde con otro la virginidad
una noche en la árida montaña
o en el hotel de paso
de la esquina.

La amistad implica concordancia:
las personas que la viven,
no piensan en romper los límites
y brincar de la playa del deseo
a un oleaje de sábanas,
reclamos,
insomnio con el pincel en ristre
para trazar ojeras.
Mas en veces, sin saber por qué,
de modo inesperado,
respondiendo a no sé qué desvaríos
de la química
o a golpes de timón que da el destino,
el hombre o la mujer,

traicionando la amistad,
amordazándola,
metiéndola en cajones olvidados,
se enamoran entre ellos con locura.

Como si al sediento
se le brindara, con un cuentagotas,
el agridulce sorbo
de su inquietud en llamas,
el beso en el carrillo está lejos de satisfacerle,
las palabras espolvoreadas de azúcar
lindan con el plantío de lo amargo,
la caricia en el pelo
afina los oídos para oír
el canto de sirenas bajo el vientre.
Sus manos, obsesas por el cuerpo
de la otra o del otro,
agazapadas en la indecisión,
sueñan con el momento oportuno
de dar un salto
que tenga la virtud de arrojar
a la mujer o su contrario
no a los litorales del asombro desdeñoso

sino a la fructífera perspectiva
de la seducción.

Si así fuera, Cupido
-una flecha menos en su aljaba-
se anotaría otro tanto a su favor,
los amigos devendrían amantes,
los besos en la mejilla se concentrarían,
apretujados,
en la boca
y el *final feliz* aparecería
como el principal personaje
de la telenovela.

Pero esta solución no es muy frecuente.
Hay demasiados bemoles en su partitura.
Si hay amor en uno de los polos de la pareja,
y sólo en uno,
tal cosa, lejos de darle luz verde
a un mundo de color de rosa,
todo lo ennegrece,
saca filo a la guadaña
y cercena, carajo, la amistad

de la pareja.

Y la manzana entonces no recibe
más mordidas que las de algún
carnívoro gusano.

En este valle de lágrimas

hay de todo:

amigos que si, hallándose en la sala,
de repente se va la luz, se hacen amantes,

....

amantes que, al desencuentro en punto, se
hacen amigos

y amigos

o amantes

que se tornan, ay,

íntimos y entrañables enemigos.

Hay de todo.

No es el caso poner en la balanza

la amistad o el amor,

que tanto pesa la mano en la palmada

como en los vericuetos de la concupiscencia.

Pero qué afortunados son aquellos

que saben transitar
del amor turbulento
que anuda tempestades con descargas
eléctricas,
a la paz invaluable y serenísima
de los buenos amigos
-al bálsamo que piden
a gritos las heridas.

O también los que saben discurrir
de la amistad amable, buena como el pan,
que teme empalagarse
con la pasión,
al amor que le sube al sentimiento
poco a poco el volumen y conduce
las manos
los cuerpos
y los goces
a su vergel de orgasmos descarnados.

AMOR A LA SABIDURÍA

La pregunta antecede a la palabra.
Antes de poner en letras y entre
interrogaciones
la inquietud visceral que nos enferma,
se asoma al ventanal de los ojos
(desorbitado,
mudo)
el afán de saber,
el impulso a aluzar la parte oscura
de los lunáticos,
o de viajar al revés de la trama
y escudriñar las intimidades del arcano.

Esta inquisición,
sedienta de agua transparente
sin turbiedades ariscas;
este par de preguntas parpadeantes
donde está eternamente la miopía
perdiendo a las vencidas con la luz,
demandan a manoteos y aullidos

la respuesta.

Después, descendiendo la inquietud
de los ojos a la boca,
y hallando ahí el aliento
para insuflar la vida,
da forma de letras, sílabas, vocablos
al inquirir que agarra
de las solapas al enigma
instándole a que diga su palabra
como el que exige
un trapo de agua fría
para la frente de su fiebre
en llamas.

Dudar es lo primero.
Abrirle un paréntesis de azufre a toda fe.
Escuchar las verdades que murmuran los
libros,
pero hacerlo sin aspavientos,
como quien oye llover.
Eso nos permite torcerle el brazo al escritor
que volcó su pasión en la página en blanco,

y hacerlo
para poder atar nuestras cogitaciones
a evidencias de alta tensión,
tan claras y distintas
que obliguen a evaporarse
a cualquier charco de agua bendita
con todo y sus delirios.
Dudar nos deja
tutearnos con dioses y demonios,
cuestionar sus decires,
hacerles preguntas incómodas,
inquirir por el talón de Aquiles
de lo sobrenatural,
tratar de ubicar nuestra ínfima presencia
en la relojería del cosmos.

Mas no sólo hay que interpelar a los muertos
que, desde sus criptas empastadas,
dialogan con nosotros y a veces nos
persuaden,
otras nos ponen en aprietos
y las más nos hacen recorrer hoja tras hoja
el infinito legajo de nuestra ignorancia.

El intercambio de opiniones, sonrisas
y perplejidades con nuestro congéneres
es tan indispensable
como el trotar del pulso
en su permanente carrera de obstáculos,
aunque a veces nos den gato por liebre,
collares de vidrio por onzas de oro,
preguntas nuevamente embarazadas por
respuesta,
ocurrencias al borde del abismo por certezas
en tierra firme.
Es indispensable.

Cierto, las respuestas gustan de esconderse.
Se quejan de no caber en nuestros tímpanos.
Murciélagos, baten las alas
en las cúpulas endrinas de lo enigmático,
entablan alianzas con la miopía,
el cansancio,
el escepticismo de lengua cercenada,
el rendirse con los brazos arriba del esfuerzo
y el caer de los ánimos como frutos podridos.

Siempre se ocultan atrás de lo palpable,
en los sótanos de lo tangible
o en el punto ciego que padecen
todos los ojos de Argos.

Pero hay algo en nosotros,
en el polvo de que estamos hechos,
que nos lleva
(tras el doble movimiento
de clavar los ojos en el cielo
y fijarlos en el grano de polvo
que se acomoda
en cualquier diminutivo),
a ponernos en la frente
la definición que dio Pitágoras
a sus quehaceres,
e, inflamados de dudas y preguntas,
hacer que en nuestro fardo
de inquisiciones,
perplejidades, cuitas,
no haya preguntas sólo abstractas,
engolosinadas con su curiosidad,
o interrogantes que broten

de la narcisista torre de marfil
que se mira en la laguna,
sino preguntas activas,
sabuesas, enamoradas de la acción,
que le pisan los talones a su anhelo.

Amantes de la sabiduría,
el ansia de saber nos obliga,
a solas con nuestra lengua,
a dialogar internamente
y a cavar en la entraña del cerebro
a la busca de la veta
que al final nos arroje
a la tierra promisa
que nos deje atisbar,
al tronido de dedos del saber,
cómo se van diezmando los fantasmas.

POESÍA I

En el mundo y el país desastrosos
que vivimos,
es imperativo inaugurar
un nosocomio de palabras.
Las de mayor gravedad,
aquellas que se traicionan a sí mismas
y son una amenaza pública,
deben llegar a *Urgencias*
y ser atendidas con premura
y eficacia.

Otras, con no sé qué infecciones
que les tuercen las letras y el sentido,
harán que un bisturí, perito en milagros,
saque a flote y cercene
los tumores malignos
que las empujan a decir la sarta de dislates
que acostumbran.

Los poetas, vestidos de blanco,
con el estetoscopio como crucifijo
y asesorados por su musa,

serán quienes
analizarán el expediente de las enfermas,
les tomarán el pulso, les tocarán la frente,
verán si en ellas ya no hay rastros
de la epidemia de sentidos tendenciosos,
y sólo si cargan a la espalda
honradamente su significado,
las darán de alta.

II

Los decires se contagian
de la lengua enferma,
o de la que está manejada,
como títere aplastado,
por los hilos de los monstruos carroñeros
que pueblan las lujosas colonias
del arriba.

La peor enfermedad que puede sufrir el
lenguaje
es ser inoculada por el virus
de la política ambiente:
a los capitalistas se les llama empleadores,
a las naciones intervenidas y subdesarrolladas
sociedades emergentes,
al neoliberalismo cambio estructural,
a la privatización modernización,
al pueblo gente,
a los enemigos del pueblo poderes fácticos,
al trabajo asalariado capital humano
a la explotación empleo.

Por eso una de las funciones vitales de la
poesía

-además de robarles ocurrencias a los dioses-
es jugar el papel de fe de erratas.

DEIDADES HOY

La tortuga rompe a andar,
y al hacerlo, saborea
cada centímetro que sale a su encuentro.
Pese a tal, se dice
que, habiendo partido al mismo tiempo
que el mirmidón Aquiles,
llegó más pronto a Ilión
porque la paciencia es la línea más corta
entre dos puntos.

La verdad es que el animalejo,
que carga un caparazón
más pesado que el destino,
siempre deambula en cámara lenta,
despidiéndose con suma dificultad
de su rastro.
Nada sabe de prisas
y la urgencia la vive
como inmoral desacato o desvarío
sin freno.

Se diferencia, claro, del árbol aquel
que, encallado en su inmovilidad,
se pasa la vida entera
soñando en dar el más menudo, pequeño
de los pasos.

La liebre es otro cantar.
Su permanente deseo es meterle zancadillas
al espacio,
calzar botas de siete leguas
y cinco continentes,
amordazar distancias,
llevar el corazón en polvorosa
y llegar a la meta en menos
que canta un gallo.
La liebre puede competir con la tortuga
como el vendaval con un avechucho
desplumado;
pero no con Aquiles,
el hijo de Júpiter y Maya,
que tiene alas en los pies
y cielo en las manos

(aunque, por artilugios de Zenón
Aquiles jamás puede alcanzar a una tortuga
que tiene tras de sí, protegiéndola,
al infinito mismo).

Una divinidad estática devendría
algo así como un ídolo
circundado por el incienso
de una superstición cualquiera.
Las deidades jamás se quedan quietas.
La palabra reposo
un día se les cayó de las manos,
se les llenó de cieno, se volvió sepultura
y extravió la vida eterna.
Suben y bajan constantemente
porque tienen asuntos de importancia
en el Olimpo
y en el Globo terráqueo.

Mercurio, desde niño,
era rápido como nadie,
jugaba a las carreras consigo mismo
y tan sólo la meta le ganaba;
pero más que nada se distinguía

por echar la mano a retozar:
le hurtó la aljaba a Cupido,
el tridente a Neptuno,
la espada a Marte,
el cetro a Júpiter,
los pies alados a Aquiles
y la virginidad a las tres gracias.

Todo esto le valió la expulsión
del Olimpo
y el que una espada flamígera
le clausurara, al calce de los pies,
las huellas en reversa.
Durante largo tiempo,
(hay quien dice que por siempre)
su pasaporte a la perfección
le fue cancelado.

Ya en la tierra, se hizo amigo y benefactor
de ladrones, malandrines, delincuentes
y acabó por considerársele
el “Dios y señor nuestro” de los mercaderes
y usureros de militancia reservaba

o clamorosa.
Dios de la economía mercantil,
del ir y venir,
comprar y vender,
manejando con su mano invisible
el inmenso arsenal de mercancías
y distribuyendo *ad libitum* las ganancias
arrojadas
al abismo dorado del tonel sin fondo.

La verdad es que,
en este mundo de hoy,
quien dice la última palabra
es Mercurio.
Sus órdenes son: compite, benefíciate, trafica.
La palabra tráfico es ahora,
además del fonema más descollante
del diccionario,
un vocablo en cursiva
en las entendederas de la grey manipulada.

Hay tráfico de armas,
drogas, personas, mercaderías, influencias,

órganos.

Mercurio

le ha hurtado, con sorprendente presteza,
el don de ubicuidad al Rey de reyes,
sacándolo a codazos del cielo,
la tierra
y todo lugar.

CASI SIN PARPADEAR

Era un día de tantos...
Día de tantos significa
que ningún ángel
-tras de chocar con vientos descreídos-
se había venido abajo
desde sus descompuestas alas
hasta nuestro asombro;
en ese día,
al dar vuelta en *Imprevisión*
esquina con *Arrebato*,
irrumpió la mirada,
profunda,
incisiva,
soñadora,
seguida por el séquito
de todas sus consecuencias.

Primera: fue un amor a primer reojo.
Mi indiferencia tenía baja la guardia
y el corazón no sabía de escudos
ni de huidas.

Segunda: mi identidad se armó de valor
y entró con pie firme en los andurriales
de la incertidumbre.

Tercera: empecé a conjugar el verbo amar,
ay de mí,
en primera persona de infinito.

Cuarto: en plagio vergonzoso y evidente:
“síguela gritaron
cuerpo y alma al par”.

Quinto: ni tardo ni perezoso
corrí hasta convertirme
en el ángel custodio de sus huellas.

Sexto: le pedí matrimonio
de un modo muy mío: tarareando
la marcha nupcial.

Tras mis palabras dulces y eficaces
me dio, feliz, el *sí*
con el curvo entusiasmo

de su dedo anular.

Séptimo: la boda vino enseguida,
como si se hallase
en la sala de espera de un tronido de dedos.
Los azahares, como hongos, florecieron
a nuestro alrededor.
Se arrojó la casa por la ventana,
sin conservar la sencillez
que rechaza los rosados oropeles
de la cursilería.

Octavo: mi novia y yo,
subidos a la montaña rusa de la excitación,
nos hallábamos anonadados por la dicha
y la felicidad quiso tomarse una instantánea
con todos los presentes.

Noveno: el dudoso gusto
llevaba, en los linderos
de la desafinación,
la voz cantante,
y después de despedirnos de los invitados

e irnos al hotel de cinco estrellas
de la felicidad,
tras la luna de miel
que empezó a empalagarnos,
fuimos pasito a paso desde las inmediaciones
de la concupiscencia
hasta el nefasto principio del deber.

Décimo: pero, al cabo de cierto tiempo,
con puntualidad de destino,
surgió la frustración y el desencanto
y el pronombre, en su primera
persona del plural,
acabó envenenado con la dosis cotidiana
de rutina.

Undécimo: las palabras se endurecieron.
La falta de respeto
nos cayó desde una telaraña,
y la nueva decisión,
como un relámpago sin remilgos,
rompió el techo y fracturó la casa.

Duodécimo: mas pronto, se fue vislumbrando
la esperanza del “borrón y cuenta nueva”.
Los azahares, fieles a la implacable
ley de lo efímero,
dieron en suspirar y marchitarse.
Y el final,
en los suburbios ya del colofón,
tomó la batuta,
y desplegó, en vigoroso crescendo,
las benditas fanfarrias del divorcio.

SOLTAR LAS RIENDAS A LOS PUÑOS

En la sociedad en que vivimos
el vocablo *odio* es una palabra
de mala fama.

Por eso, con frecuencia, vive en la
clandestinidad
y no se anda por ahí
ostentando en la punta de su lengua
las cuatro letras de su nombre.

Nunca, o casi,
nos hincamos de rodillas
ante Matilde o Rebeca
y le declaramos nuestro odio.
O, a la voz de “te odio tanto”,
acariciamos el cabello
de nuestra mujer.

Odiamos a tal o cual persona,
costumbre,
institución

pero aquí,
dentro de nosotros,
en nuestro fuero interno,
en algún escondrijo de nuestra intimidad.

Un odio sincero y dicho en voz alta
es una amenaza pública.
El odio se ejerce,
y de qué manera,
pero sin decirlo, con un silencio
que camina de puntitas.

Hay odios que tienen un pacto de sangre con
[el
insomnio.

Son como la almohada
que, en su afán de acunar al sueño,
no pega los ojos en toda la noche,
o como el mar que tan sólo en su palabra
se está quieto.

La mala reputación del odio
conduce a ignorar las virtudes
de alguna de sus manifestaciones

que valen oro.

Sano es el odio a quienes, amordazando todo

[escrúpulo,
se tutean con los tiranos,
cuidan el embarnecimiento de sus bolsillos
como la niña de sus ojos
y son, en fin, lameculos del cielo.

Es un odio sano,
un odio repugnancia,
un encono que, si lograra saltar la barrera,
y dar con los pases mágicos
que transmudan lo teórico en lo práctico,
sería un odio en olor a santidad,
triunfo de la moral sobre los muladares
de la usanza.

No es éste el odio negativo,
el buscapleitos,
el que maldice las diferencias,
el que siempre que piensa en el hermano,
sale a la busca
de quijadas de burro.

En alguno de sus litorales
el odio y el amor entonan la misma canción
y lanzan madres en la misma trinchera.
También es cierto que en ocasiones
la montura apropiada del amor
es un odio en pie de guerra
o un furor de puñal desenvainado.

El puño que florece, que madura
pero no se anda por las ramas
desgañitando estériles enojos,
sino que identifica al enemigo,
conspira a cinco dedos,
y pone en jaque al delincuente,
al malhechor
o a la epidemia
de verdugos o cómitres
(que ejecutan su vesania
con rúbricas de látigo),
forma parte del arsenal guerrero del amor.

El amor verdadero,

no el que tiene en el beso de Judas
su mentor y su guía,
es el que,
ante la violencia cotidiana,
ante el diabólico rumor del criadero de
escorpiones,
ante los vanos gimoteos del incienso,
está lejos de ser
un adicto a la indiferencia
o un especialista en dar la espalda.

Amor y odio químicamente puros
-en la versión vulgar de la sociedad
en que vivimos-
no son sino prejuicios,
sanguijuelas cebadas por la sangre
de la costumbre,
mentiras anidadas en los púlpitos
o convertidas en el aliento natural
de los micrófonos,
criaturas con el cerebro apolillado,
carcomido por proclamas perniciosas,
que revuelan a nuestro alrededor

con ínfulas de verdad
y cosa indiscutible.

Los auténticos amor y odio
van tomados de la mano.
Han oído tañer las campanas
y el tableteo de las denuncias,
han sentido el enloquecido redoble de timbal
de la presencia del asco.
Tomados de la mano,
cierran filas
y hablan, en las catacumbas
de la conjuración,
con los puños, las iracundias y los sueños
de la difícil pero bendita estrategia
de dar al traste con la maligna humedad
de este valle de lágrimas,
con un nuevo diluvio
definitivo,
implacable
y exitoso.

LENGUAS ENVENENADAS

Si escribimos: “había una vez
un infinito recién nacido”,
la frase podrá repeler a unos
y agradar a otros
porque en gustos se rompen géneros
y amistades;
pero en medio del aire enturbiado
por opiniones desenvainadas
y en pie de cólera,
hay en la frase algo indiscutible
ante lo cual no se vale cerrar los ojos:
en ella se encuentra,
cómodamente apoltronada, la *mentira*,
ya que un infinito,
como su nombre lo pregona,
no puede sufrir el trauma del nacimiento.

La contradicción flagrante,
el embotellamiento de contrasentidos,
lleva en sus espaldas,

no sólo una ley de gravedad aplastante, ...
sino la pesada carga de lo falso:
como una tullida razón, ...
es vista con malos ojos,
ennegrecida materia gris
y repudio en alguno de los cubículos
de la inteligencia.

Pero seamos justos:
algunas veces,
en el corazón de la falacia
no finca su madriguera
la mala fe.

Hay no pocas falsedades
que, sin mala intención,
al menos en apariencia,
dedican su completo tiempo
a confundir a cientos de personas
que traen deteriorada
la suspicacia o la incredulidad.

El sofisma engaña, pero en buena onda,
como yerro involuntario

sin negros propósitos ocultos
tras las palabras.

Argumenta de manera tal
que si el espíritu crítico
tiene bajas las pilas
o se fue a una cacería de musarañas,
logra pasar como cierto,
ser tenido como irrefutable
donde no hay pero, ni duda,
ni un pequeño recelo en las entendederas,
que valga.

Los errores inocentes
y sin doblez de miras,
tienen asegurado
su salvoconducto al cielo
sin pasar por el doliente trampolín
del purgatorio
y hasta hay algunos –dícese- en olor de
santidad
por haber puesto su granito de arena
en la construcción de la inmensa catedral,
sinagoga o mezquita

de nuestras quimeras más preciadas.

La mentira es otra cosa.

Su ideal es engañar a sabiendas
y con un propósito.

Su primer mandamiento es la zancadilla
y el bien ajeno le tortura las entrañas.

Hallándose a las patadas con la moral,
los golpes de pecho

y las nubes mojigatas del incienso,
le baja el volumen al *deber ser*

hasta esfumarlo en el silencio imperturbable
de la nada.

La mentira secuestra la verdad,

le corta la punta de la lengua,

le cose los labios,

la esconde en algún rincón de su ignominia,

y dice lo que dice, sin rubor en sus decires,

para obtener tal o cual ventaja,

escamotear un golpe

o reírse a mandíbula batiente

de un contratiempo.

La mentira está, como la ausencia de Dios,
en todas partes:
en el globo que sale de la boca
del primer mandatario,
en las promesas que huelen a podrido
de nuestros representantes,
en la pugna electoral en la que andamos,
donde triunfa sin excepción
la ingenuidad
de los dedos pulgares
defraudados
y manchados de tinta.
Es la primera ministra,
la eminencia gris, la favorita
o la ayuda de cámara del poder.
Éste y sus mil y una maneras
no saben qué hacer sin ella.
La consienten,
la llenan de medallas invisibles,
la hacen participar en todos los eventos,
ceremonias,
centenarios,
rebaño de reformas por venir.

A veces le dicen: “¡Cállate la boca!
¡No hay que llegar a esos extremos!”.
Y ella, tras de dormir la pequeña
siesta del parpadeo,
vuelve a las andadas y a la boca floja.

No ignoro que hay mentiras piadosas
que amordazan la certeza
para evitar que una aflicción
se derrumbe, como alud de espinas,
feroz e inconsolable,
en un pobre diablo.
Cómo voy a decirle a un niño que sufre
cáncer,
que tiene las horas contadas,
que no hay manera de evitar
los latigazos del dolor,
si no soy un hijo de puta.

¿Quién que es, no ha soltado
algunas mentiras piadosas,
impías
o simplemente mentiras

como las del mitómano,
el mentiroso por costumbre o por deporte?
La mentira por la mentira,
como el arte por el arte,
tiene que ver con Narciso
y el secreto amor de su vida,
siempre a mano.

Mas la mentira habitual,
privada o pública,
nos convierte en endriagos,
esperpentos, criaturas
a quienes se les va despellejando la
hermandad.

¿Cómo podemos considerarnos hermanos
si arrojamos la verdad a los verdugos
que la someten
a las peores torturas
tratando de que mienta?

MATRIZ DE LA DESIGUALDAD

La pistola, el puñal, la encrucijada
son las armas perfectas
para obligar a la ingenuidad incauta
a escoger entre la bolsa o la vida
-como decían nuestros abuelos.

Mas la propiedad es algo peor que un
revólver,
más que la daga y sus brillos fraticidas,
más que el cruce de caminos
donde se oculta la sorpresa delincuente.

No me refiero a todo lo que cargo
en las bolsas del traje,
amén del traje mismo:
el peine,
las llaves,
el pañuelo,
las plumas,
la goma de borrar

(que, de ser necesario,
le tuerce el cuello al pájaro
de mi pobre inspiración),
la arrugada fotografía
de alguien que más que írseme
se me despellejó
y que guardo
en la parte más recóndita de mi cartera.

No me refiero a mi lecho,
mis pantuflas,
mis anteojos.
A todo lo que es mío
y que voy consumiendo
poco a poco
o rápidamente
con igual apetito que el del tiempo.

No hablo del niño que *posee* un rincón de su
alma
donde acurrucarse a inhibir sus sollozos,
ni de la mujer que le escribe una carta de
amor

a *su* deseo,
y coloniza, contra los prejuicios,
su cuerpo y sus provincias,
ni del poeta que pergeña *sus* delirios
como un sinfín de variaciones
sobre el primer aliento
con que lo amamantó,
maternal,
el oxígeno.

No estoy hablando, no,
del entorno de bienes necesarios
que dejan a la persona
amasar su fortuna de minutos, horas, años
en que discurren sus respiraciones.

¿De qué hablo, pues?
Hablo de los caudales, las arcas,
las cuentas de banco
que, carnívoras,
ejercen, en la evolución de las especies,
el más alto nivel:
la antropofagia.

Hablo de cuando lo mío, lo tuyo,
lo propio, lo ajeno
tasajean la especie,
la dividen,
la desdoblan
en el arriba y el abajo.

En el arriba donde los palacios,
babeles de cemento,
se encaraman a su megalomanía de
rascacielos
y tienen el infinito al alcance de la mano.
En el abajo de las pocilgas,
jacales, favelas
que, pese al raquítico aleteo de sus adobes,
continúan al ras del piso,
aplastados por la pesada mole
del firmamento.

Me refiero al arriba,
al mundo de la abundancia
-coches de lujo, caballos, vino-

donde el lapso entre el deseo y su realización
se lleva a cabo al tronido de dedos
del tintineo dorado.

Digo del abajo

donde la escasez y el hambre

-ese tonel que tiene por fondo lo infinito-
le enmiendan la plana,

la tachan,

la patean

a los “buenos deseos”

de los curas, los políticos, las damas
de la caridad:

también al “humanismo”

y su millar de púlpitos

circundados de incienso

donde crepita, efervescente,

el amor que,

si hace votos de honradez,

se jala los cabellos, enloquecido,

por su nula eficacia,

por sus quehaceres quiméricos

rubricados

por manos mentirosas.

Digo del arriba en que las cajas fuertes
o las cuentas bancarias
son el arca de donde el dueño/dueña
saca un viaje a Europa,
la urgente intervención quirúrgica,
la adquisición del yate en el que pueda
seguir el itinerario de su fantasía,
el collar de perlas para el cuello
de la que puede ser
el amor o el dolor de su vida.
Hablo del abajo en que el morral
es la bolsa harapienta de la que,
escarbando, sólo se saca
unos cuantos pesos y centavos
en compañía de su morralla de aire.

HIPOCRESÍA Y CINISMO

La expresión “de dientes afuera”
esta llena de implicaciones.

Estima que ocurren cosas distintas
en el adentro de los dientes y tras de ellos.

Supone la expulsión de un hálito
que hacia delante es una exclamación
pero que carga un sospechoso silencio a las
espaldas.

O, dicho de otro modo,
lo que se dice en lo que se dice,
se desdice de plano boca adentro
de modo tal que lo callado
-las letras que se mastican,
no para expelerlas,
sino para tragarlas y digerirlas
en la tramposa entraña-
no sólo difiere de lo arengado,
sino que es su radical opuesto
(como el ser y lo que permanece
tras de restarle todo).

La expresión de marras
muestra con precisión aquello que,
titiritera de palabras,
prestidigitadora de saliva,
es la hipocresía,
como algo que se juega
entre las bambalinas
del paladar y la lengua.

El hipócrita y el cínico
tienen relaciones distintas y tortuosas
con lo cierto.

El hipócrita, después de morder
la manzana del árbol consabido,
se entretiene con el bocado de la verdad,
la saborea,
la rumia de punta a punta,
cata sus cualidades y peligros,
y le prohíbe el menor trato con la intemperie.
Deja salir, en cambio,
el *alter ego* de lo genuino

desfigurado por el maquillaje.
En el baile de máscaras
de la diaria existencia,
el hipócrita oculta lo indudable
con el disfraz de la mentira,
hace que la identidad
se multiplique en fingidos personajes
y lima las huellas dactilares
hasta el anonimato.

El cínico hace de la maldad
su primer mandamiento.
Se pudre lentamente, sin alivio,
pero en feliz concordancia
con su cáncer.
Bebe sorbos de ponzoña
para hacer que su lengua
se vuelva viperina.
Mas no le place dejar en secreto
sus infamias:
pone micrófono a su ruindad
y se enorgullece al exhibir sin tapujos,
sin los remilgos de lo falsario

o la urraca ladrona del embuste,
el venenoso culebreo
de sus vivencias.

No miente.

No obliga a dar piruetas a su lengua.

No corta el hilo de su aliento
colocando de un lado
el ave de rapiña verdadera
y del otro la paloma mendaz
de su discurso.

El cínico por eso nos permite
vislumbrar su ignominia
que irrumpe, como secreto a voces,
de su intimidad
y nos da, algunas veces, la ventaja
de saber a qué atenemos.

El hipócrita es huidizo,
se nos va de las manos
como el pez y su piel
jabonosa.

Se esconde, se disfraza,
finge la voz y luce muchas veces

sonrisas extranjeras.
Nos lleva tiempo descubrirlo
porque se vuelve un actor consumado
que, si acaricia el éxito
y nos arroja al fumadero de opio
de su buena actuación,
recibe frenéticos aplausos
no del público de afuera
sino de su gozoso fuero interno.

LA ESCALERA

Su ideal es el ascenso,
codearse con las nubes,
vencer paso a paso
la ley de gravedad.

Tutearse con los superlativos
que, con la respiración alterada,
logran arribar a las enhiestas cúpulas
del arriba.

No deja de sentirse triunfador,
en su alpinismo,
por el oxígeno contante y sonante
que le entrega la cumbre.

En su cerebro no hay una sola neurona
donde levanten cabeza los escrúpulos.

Trepar es su verbo preferido
y, con la estrategia de buscar encaramarse
a como dé lugar,
es muy dado a recorrer
todas sus conjugaciones.

Cuando logra matrimoniar su deseo
con la satisfacción,
se siente figurar en el cuadro de honor
de la buena fortuna
y todo haría pensar que se ha metido
pedazuelos de gloria entre pecho y espalda,
pero, tras de reposar un tanto,
oye de nuevo el cantar de sirenas
de la altura
y vuelve a las andadas y subidas.

Su método para subir y subir
y codearse con el mundillo celestial
implica varios actos.
Antes que nada
seguir fielmente
las instrucciones que ha de tener en cuenta
el buen adulator:
cargar un morral colmado de sonrisas
para que, si lo exigen las circunstancias,
ornar con un chorro de crema

el café donde lo amargo coquetea con lo
oscuro.

La adulación, tras de poner en cuarentena
las convicciones propias,
le dan por su lado
a la mujer o al hombre que cojean
con del talón de Aquiles de su debilidad
por la lisonja.

También hay que darse a la tarea
de impedir el paso,
borrar
o desdibujar
el *no* que con gallardía
busca hacerse de un sitio en el aliento.
Se mueve la cabeza, sí,
pero no de derecha a izquierda
para formar el cerco defensivo
de la dignidad,
sino de arriba abajo
en la ecuación servil y vergonzosa
del esclavo.

Ejerce un verdadero culto
por su yo,
su amado personaje.
En el altar del pecho
se tiene a sí mismo por deidad
y en no pocas ocasiones
dirige a sí mismo, aunque muy en secreto,
sus plegarias.

Los incautos
le sirven de escalones.
Y hasta a veces disfruta,
gracias a alguna influencia.
de un elevador que accede al firmamento.
En la orfandad de cielo que lo embarga,
subir es su devoción,
su ideal,
su suspirar con aleteos de incienso.

Cuando logra alcanzar la colina
de una cierta fortuna
o, dejando pedazos de sí mismo en el camino,
puede instalarse

en uno de los pisos elevados
del palacio,
vislumbra a sus inferiores
(parias que reciben la herencia
tan sólo de sus manos)
como disminuidos de cuerpo,
pretensiones e impulsos,
con los grillos de su medianía
borrándole los pies y todo afán
de hacer en la estratósfera su casa.

Cuando logra ascender
y teñirse los dedos
con polvo de estrellas,
es un déspota con sus subordinados
-como el lobo
vuelto pastor de ovejas-
y un servidor abyecto
con los de arriba, al modo
del esclavo que, sin melindres,
acaba por enamorarse
de sus grilletes.

En cierta perspectiva,
es un artista de la sumisión
o un orfebre de la docilidad
con quien puede tenderle la mano
y acercarle algunos metros el firmamento,
(alguien, para decirlo pronto,
que entrega a sus superiores
la tinaja de miel de la obediencia).
Pero en otro, no menos esencial,
es el licántropo
que, incitado por la oprobiosa luna
de su propio cerebro,
da zarpazos a diestra y siniestra
hasta devenir el núcleo de un archipiélago
....
de charcos de sangre.

Su enfermedad es un morbo,
una epidemia de facilísimo contagio.
No es difícil contraerla con espiar
la forma de vida de los dioses.
Se puede llevar a cabo en los saludos de
mano,

en los cuerpos que hacen entre sí
su comunión primera.

Este pandemonio
es imposible de erradicar
porque no se ha dado con el antídoto
del vestiglo minúsculo o el virus
microscópico
que lo incubaba
y que, si nos fijamos bien,
es el titiritero que mueve al trepador
desde el lejano allende
de lo invisible.

El individuo, con el pie
en el primer peldaño de su impulso,
busca hacerse, olfato en ristre,
de la astilla de un cetro
o del caudal de piezas que persigue
la fiebre amarillenta,
y en este actuar en dos pistas
o en este laberinto de nunca acabar,
sube a todo volumen su deseo
hasta hacerse oídos sordos

al dolor circundante.
Y entonces ¿qué le importa
descuartizar promesas,
pisotear vocaciones,
enlodarse las ansias,
borrar de su frente el nombre de sus
hermanos,
arrojar a su padre al precipicio,
y agarrar con los dedos en la puerta
a su propia compasión?

Pero él, junto con los desfiguros que va
encarnando,
la zoología fantástica de su miríada de
cómplices
y las deformaciones anatómicas y anímicas
que traen consigo los virus
que pueblan la atmósfera de arriba,
provocan al fin
tal desprestigio en los espectadores,
que hace saltar el odio
de los sentidos
al cerebro, del cerebro a la mano

y de la mano al puño.

Este encono es al principio confidencial,
un secreto, aunque en sordina,
dicho a voces,
casi clandestino,
casi avecindado con el silencio inerme,
casi “para qué preocuparse si la moral
le enmendará la plana”;
pero después deviene público,
se socializa,
crece en sus agravios y sus muinas,
sale a la calle y deja sus temores en casa.
¿Y hay entonces alguien que sepa
lo que puede ocurrir
cuando irrumpa desatado,
sin control,
con las riendas deshilachadas e inservibles,
decidido finalmente a dejar toda obediencia
pudrirse en el desgano?

DE LO MÍO Y DE LO TUYO

I

Cuando nace el niño@
parecería que su cerebro
es un humilde tributo a la ignorancia.
Nada sabe de sí,
como el viento que ha perdido
sepa Dios cuándo ni cómo
a sus juglares.
O como el árbol gigantesco,
frondoso, centenario,
que tiene menos luz en las entendederas
que el más pequeño de los pájaros
que trinan su deliquio
en una de sus ramas.
Parecería.

Mas ese niño@,
que ha dejado a sus espaldas
la amorosa humedad del paraíso,

que paladea su primera bocanada de aire,
que da los buenos días a la atmósfera,
no adviene al mundo,
al metro cuadrado de universo
que le toca,
con una materia gris en blanco,
con una corteza cerebral
como oleaje paralítico
de inánimes guijarros.
No es descendiente de piedras o vegetales
que ruedan o germinan en el mundo,
como el mundo mismo,
sin un poro de conciencia
-una brizna de yo flotando en el espacio-
que va y viene
con extraños apresuramientos
o que hunde sus raigambres en la tierra
con todos sus impulsos peregrinos
enterrados.

La cabeza infantil, fruto
de una interminable caravana
de cerebros,

experiencias
con sus edades de oro
y la regularidad puntual
de sus infiernos,
no es un recipiente vacío
como la alcancía que,
antes de devorar su primera moneda,
guarda en su ranura melindrosa
la virgen vaciedad de sus entrañas.

Perverso polimorfo, el niño@ exhibe
en sus diez huellacillas digitales
sus malos pensamientos.
Quiere con la señora de sus días.
El padre y las hermanas le producen
extraños escozores en las ansias.
Su cerebro deviene la principal
de sus zonas erógenas.

Él no sabe de Edipo,
ni la niña de Electra,
pero sienten en su carne los brochazos
de la pintura al óleo del incesto.

Mas los pulmones
no sólo entran a negociar
con la atmósfera
su tránsito a la vida,
y en el bebé hay murmurios
del sexo que ay también la comadrona
arroja a la existencia,
él asimismo
hereda una pulsión,
un afán,
una avidez
de hacer pasar lo ajeno
al redil de lo propio.

El recién nacido,
caníbal en la cuna,
sueña con apropiarse de su progenitora
por partes,
devorándola poco a poquito,
barnizando su estómago con el sabor
inconfundible
de su madre;

desea capturarla,
absorberla,
incorporarla a su organismo,
convertirla en uno más
de sus órganos internos.

Ambiciona no sólo
ser dueño de la leche,
que empapa de delicias sus vivencias,
sino tomar posesión de los senos
y del cuerpo todo
de quien le dio la vida.

Los pezones
se encargan de blanquear
sus entrañas
y hacer que el hambre se debilite
y adormezca
con el tibio dulzor
de su canción de cuna.

Pero ser dueño y señor
de los senos y el cuerpo de la autora de sus
días

y sacar a trompicones al intruso,
no sólo es algo inútil,
utopía que escala hacia el delirio,
sino la peor descompostura
de la imaginación
que, fuego de artificio,
quiere allegarse el cielo
y se embarra las manos en el lodo.

Desde el primer instante en que el bebé
abre los párpados,
se llena de mundo las pupilas
y se place en que la niña de sus ojos juguetea
con sus primeras miradas,
lanza las redes de lo *mío*
a incautar en sus alrededores
lo que salga a su encuentro.

Si no lo impiden los padres,
los otros,
las circunstancias,
coloniza cuanto puede,
toma objetos, cosas,

todo lo que en el ámbito de afuera
puede ser capturado,
para consumirlo,
retozar con ello,
llevárselo a la boca
para ver a qué sabe un lápiz,
una muñeca de trapo,
la punta de una sábana,
o el trozo de un pastel
que llama la atención del apetito
con el rojo pregón de una cereza.

II

Para algunos
la palabra *explotación*
molesta en demasía,
quieren expulsarla del diccionario,
saca salpullido en la piel
y produce una náusea que se resiste
a ser domesticada.
Para algunos.

Éstos creen que,
con cambiarle de nombre,
se esfuma,
como si los apelativos fueran
el código genético de la cosa.

Pretendiendo esconderse,
ponen a su lengua,
como funambulesco contorsionista,
a hacer las más inverosímiles
prestidigitaciones.

Otras veces, fumando
cigarrillos de incienso
(una síntesis de droga y moralina)
se congratulan, intentado
ocultar su culpa en un pliegue
de lo invisible,
de que es mérito suyo
impedir que las manos asesinas
de un salario raquítrico
apriete a sus esclavos la garganta
y, oxígeno malsano, amordace la boca
impidiendo al estómago
recibir los tristes mendrugos
de la subsistencia,
como lo exige la forma
de robar de manera decente,
honorable,
como Dios manda.

III

El afán de poseer
arroja a las voraces manos
a devorarlo todo.
A espiar lo apetecible
con o sin dueño,
ponerle ratoneras, colocarle
la astuta hipocresía de una trampa,
arrojar cañas de pescar
muertas de hambre
a los mares, las lagunas
o los charcos.
Adquirido,
se añade al inventario
del conjunto de cosas
-grandes como el mundo
o pequeñas como granos de tierra-
de lo propio.

Para hallarse en buenos términos
con su instinto,

el dueño
desea proteger su propiedad
con vidrios hambrientos de sangre
que rematan los muros,
ladridos de alta tensión
que amedrentan temeridades
y cerraduras
que guardan perpetua fidelidad
sólo a una llave.

En su ansia de tener, el individuo
pugna también
(frente a quienes persiguen vanamente
con cazamariposas
letras inasibles en el aire),
por robarle secretos al arcano,
instalarle celadas al enigma,
llevar a la ignorancia de la mano
a la escuela,
cargar en los hombros la presunción
de ser, más que dueños
de palacios, aviones,
playas, ríos,

adicto a la lectura,
vicioso de la letra impresa
como las polillas
y sus innumerables doctorados,
el polvo del librero y su erudita persistencia
o las miradas de otros siglos
conservadas aún entre las hojas
de los libros,
esas atalayas del presente para ver
los tataracielos para siempre perdidos
o el alba que en remoto porvenir
derrotará a las vencidas
al infierno.

Pero con este afán de adueñarse
de la sabiduría,
de devenir erudito en minucias
o cronista de la historia verdadera
de lo falso,
el propietario del saber
muestra en sus parlamentos
la arrogancia del que sueña
ser ombligo de la expansión del mundo,

ser la mano de Dios, si Él existiese,
ser el erudito indispensable
para todo el que tiene
la boca atragantada de preguntas.

Este intelectual,
amanuense del ser y de la nada,
ve con desdén,
sobre la torre
que un marfil de colmillos de elefante
barrita su grandeza,
a los seres humanos
que trabajan -el sudor en la frente
y la sangre en los dedos-,
la arcilla,
la madera,
el algodón
y la lenta e inexorable escultura
de sus manos.

Son orfebres de sueños,
inquietudes, ocurrencias,
artesanos de máscaras,

alebrijes,
árboles de la vida,
Y no hay nada en la existencia
que no salga de las manos
del obrero,
que también tiene sus musas
protectoras.

El verdadero sabio
(no el que viste de gala los lugares comunes)
carga el tatuaje de un signo de interrogación
a medio pecho,
le toma el pulso a la flor
condenada a marchitarse,
agarra de las solapas al viento,
lo obliga a detenerse
para preguntarle: ¿quién eres
y qué con tu enloquecida carrera?
nos lleva al microscopio
para demostrarnos que lo invisible
no es sinónimo de la nada,
se acerca a los riachuelos,
papel pautado en mano,

para saber qué diablos van diciendo,
descubre cada vez más
y más secretos
debajo de las piedras
o en el viento que pasa recitando
poemas de otro mundo
aún sin traducir.

El artista,
el filósofo,
el hombre de ciencia,
se dedican a descubrir y colonizar
nuevos mundos,
a destruir cadenas, convertirlas
en serpientes que se deshacen al viento.
Nuestros cerebros se encandilan al saber
de partículas que bailan
danzas de siete velos
o al enterarnos de que en el cosmos
todo se aleja de todo
haciendo que el centro
-antes concebido
como el sagrado corazón de lo existente-

tenga el don de ubicuidad,
propietario de los lugares todos,
dueño y señor del infinito.

Pero aquellos que llevan en sus manos
adobes de letras
-tengan pequeños saberes,
medianos
o inconmensurables-,
se contraponen a los simples,
a los que tienen en común
con los entes y las bestias naturales
la ignorancia,
y hasta con los simios
que se hallan a una palabra sólo
de dar con la conciencia.

Y esta contraposición,
esta desigual distribución de la riqueza
en los saberes,
no sólo los coloca
en diversa posición en la vida cotidiana
(gozando de la juguetería fantástica del cielo

los primeros,
y sufriendo la miseria intelectual
y sus tempestades de polvo
los segundos),
sino que, cuando sobreviene
una eclosión,
un remodelar los usos que nos hacen,
y lo viejo es pasado por los odios,
los sueños y las armas,
se reinstala,
reacomoda y consolida
la antigua contraposición
entre el cielo
y la tierra.

IV

El frenesí de la posesión
no se limita a tener bajo dominio
cosas e ideas,
también existe un hormigueo
en el corazón, la mente
y la punta de los dedos,
que empuja a la apropiación
del prójimo.

Está a la orden del día
la dominación, la servidumbre,
cuando en el ánimo del señor,
y a lo largo y a lo ancho de su cuerpo,
hay un gran vacío
que es preciso rellenar.

El esposo, el amante
mirando a su mujer
con los enmielados ojos
que dirige a su perro,

su caballo, su cava o su mansión,
dicen,
desde su pedestal de patriarca:
toda tú, sin excluir tus pensamientos,
me pertenece.

Soy dueño de tu lengua,
la comisura de tus labios,
tu sonrisa de ayer en la tarde,
tu gracioso enojo de hoy en la mañana.
Pero guay con los secretos,
que se introducen a hurtadillas en tu mente
y secuestran parte imprescindible
de lo mío.

Sé que en ellos me eres infiel,
tienes la desvergüenza
de querer continuar siendo tú,
cuando tú, toda tú, de pies a cabeza,
no puede ser sino la prolongación
delicada y obediente
de mí mismo.

La sumisión murmura:
este hombre no es uno de tantos,

es la media naranja
(o la media huella digital)
que endulzará mi vida
y hará que nuestras lágrimas
no rueden su amargor por las mejillas.
Pero añade: el sabor de los celos es tan ácido
que, escaldando mis decires,
amenazan, astutos,
mis heredades,
y, con el olfato por brújula,
detectan,
 sabuesos,
la escurridiza zorra
del peligro.

A mi dueño y señor,
le regalo las llaves de mi entrega
y la arisca combinación
que abre mi caja fuerte,
para poder reclutarlo
al redil de lo mío,
donde se acumulan
-amén de mis caderas, ojos, cuello,

alhajas y corpiños-,
el ajedrez que da
clases de astucia.

La situación me obliga
a acrecentar mi presencia,
mis sentidos,
y forjar, con la voracidad de lo propio,
una personalidad embarnecida,
poderosa,
para dejar de ser víctima
de la autista indiferencia
circundante.

Entonces la mujer ejerce su posesión
a manos llenas,
y fija reglas de tránsito inflexibles
a su cónyuge.

La posesividad masculina
es, no obstante, más ruidosa:
altavoz de estridencias carvernícolas.
El varón embaraza a su mujer

para tenerla siempre en casa dialogando
con las cuatro paredes,
papando aburrimientos o amamantando crías.
ve en su mujer un cero
y lo pone a la izquierda.

Ella, amnésica de oxígeno,
entre dientes musita cantos de libertad.
Pero ay no da hasta ahora con la llave
de las puertas al campo.

La pareja es la redoma en que se mezclan
los pronombres posesivos.
Con el paso del tiempo
y en abriendo el reloj
el calvario fatal de la rutina,
los abrazos van forjando
mazmorra de barrotes invisibles.

V

La pareja de común
olvida brevemente sus infiernos
al tratar de sus hijos.

Los imaginan
no hechos de carne y hueso
y un pedazo de ternura
como salen del fantasmagórico
vientre,
sino de arcilla.

Pura arcilla.

Y se dan a moldearlos
como Dios les da a entender.

Los tratan como cosas.

Los encajan en una de las mil maneras
de la posesión.

Quieren corregir en ellos
la frustración que cargan,
como un muñón que no logra jamás
su sueño de ser mano.

Los hijos quizá se rebelen
contra los proyectos paternos
y sigan el itinerario
que, florecido en sus entrañas,
rechaza la intención de sus progenitores
de ponerse a jugar a ser destino,
providencia,
reencarnación.

Frente a los hijos
que rompen las cadenas,
se limpian el polvillo
que éstas dejan en las manos
y oyen con placer la melodía
que entona el libre arbitrio,
no son pocos los padres que,
insisten en que sus hijos
son sus hijos,
sangre de su sangre,
arcilla para moldear en ellos,
con el obsesivo trabajo de su dedo pulgar,
el porvenir preconcebido.

VI

Hay quien no se contenta
con poseer al otro,
sino que, feligrés
de su alucinación,
desea tener bajo su dominio
grupos,
conglomerados,
pueblos.

Aquel imperioso afán
que atisbamos entre líneas
en los renglones de nuestras neuronas,
vuelve a hacer acto de presencia,
pero ahora no se orienta a consumir,
absorber,
monopolizar
huellas digitales de pronombres
en primera persona,
sino barrios,
colonias,
muchedumbres.

Este individuo quiere ser
propietario del hormiguero,
mirar de arriba abajo
y no su humillante viceversa,
privatizar las manos de la tribu,
ser jefe de algo,
la indiscutible voz cantante
rodeada por el coro
de la resignación.

El hombre ¿lobo del hombre?
Cómo negarlo si, en veces,
se convierte en licántropo
al influjo de la parte oscura de la luna,
confunde a sus hermanos con ovejas
e hinca sus colmillos
en su prójimo.
Caníbal, se le ve
mascando trozos de corazón ajeno
como rumiando o meditando
su bolo alimenticio.
El antídoto
se diría que brilla por su ausencia

en los colmillos del lobo,
y el grito que sale de los pulmones
reclamándolo
es más el eco de una pregunta
que una respuesta.

DE LO NUESTRO

I

Haga de cuenta, lector,
que tiene usted 72 años
(o los que su imaginación prefiera),
que, correspondiendo a su buena salud,
sus vísceras y órganos internos
fingen inexistencia:
el hígado permanece callado
y los riñones y las articulaciones
no dan señales de vida
porque funcionan como Dios manda:
incluso que usted se pasa horas y más horas
sin saber que está respirando.
Haga de cuenta que en ese afortunado
momento
conoce a una joven señora
de quizá 27 años (sus 72, pero invertidos)
de la cual se queda prendado,
enloquecido

como el amor a primera vista
que tiene la palomilla
por el fuego.

Haga de cuenta que la joven
le viene con la reconfortante tesis
de que “para el amor no hay edades”
y que la diferencia de 45 años
que media entre ambos
se la pasa Afrodita
por el arco del triunfo.

Haga de cuenta que
por donde primero deciden arrejuntarse
son los ojos.

Mirar el mirar es infinitamente más
prometedor
que asomarse al espejo
donde sólo se descubre
el arrugado rostro de Narciso.

Haga de cuenta que la joven mujer
dice padecer la enfermedad
de un corazón crecido, preocupación
de sus médicos.

Y da a entender,

por aquello de que no hay mal
que por bien no venga,
que en su abultada víscera
cabén holgadamente el esposo y usted,
querido lector.

Haga de cuenta que ambos,
después de mirarse,
se toman de la mano,
entrelazan las piernas
y sin pensarlo dos veces
destruyen lo tuyo y lo mío,
los límites,
el “ocupamos dos fríos lugares del espacio”,
la soledad puritana.

Haga de cuenta que,
al despertar, se entusiasma
con que sus respectivas manos
pertenecen a cuerpos diferentes.
Que le dio trabajo, pero acabó
comprendiendo,
que cada quien tenía dos piernas
y que les era dable tomar

caminos distintos.

Haga de cuenta que tocó la frente de ella
para ver si sentía sus propios dedos

en la misma,

y que acabó advirtiendo que rozaba
la dulce curvatura del afuera.

Haga de cuenta que estaban, ay,
desintegrando

la fusión momentánea que lograsen
intercambiando esencias,

y que daban de bruces

con su respectiva soledad

como se hizo al nacer;

y con el apremio

de seguir cada quien su trayecto

conjugando los verbos

que exige, para ser,

nuestro ser en el mundo.

Haga de cuenta.

II

El hambre de los animales
es un tonel sin fondo.

El jaguar, el tigre o el león despiertan
y cuando todavía no se sacuden
la arena de la modorra,
arden en un hambre incontenible
de polluelo,
de liebre, de gacela.

Los colmillos les brillan
a los rayos del sol
que da a luz el horizonte.

Sintonizan el olfato
en la carne graciosa y saltarina del antílope
y saltan sobre su presa,
con los nombres de astucia,
agilidad y muerte.

El gerifalte, halcón de noble alcurnia,
designado vigía por su hambre mañanera,
siente que un vacío

le reemplaza el estómago,
escudriña la cuadriga de puntos cardinales,
pasa a revista
sus garras, sus alones
y el puñal acerado de su pico,
tensa su cuerpo y vuela a toda prisa
hacia un punto emplumado,
pequeño, distraído,
entregado al afán
de devorar su presa.

Este doble festín
(devorar lo que devora),
esta cadena de verdugos y víctimas,
es hecho irrefutable,
verdad que no tolera
reticencias románticas o dudas
enfermas de los ojos.

Pero no es menos cierto
que en la naturaleza
no todo es derramamiento de sangre,
esgrima de furores, pugna

sin la bandera blanca de la tregua
para tranquilizar el hambre
y ceñir la corona del más apto
al sobreviviente.

También hay cooperación
entre los animales.

Ternura a manos llenas
en sus actos.

La prehistoria del *nosotros*
camina a trompicones por la jungla,
deambula por los árboles,
toma lianas que prolongan
sus líneas de la vida
y vuela para sortear peligros
como un aéreo fruto itinerante.

La solidaridad abre los ojos,
murmura el reglamento de su esencia,
se yergue para crear la primera atalaya
que persigue, sabuesa, lejanías
y da sus primeros pasos.
Los miembros de la misma especie

se apapachan,
se lamen las heridas,
ponen sus colmillos en el fondo común
de la defensa,
se protegen contra las tarascadas del viento,
la ferocidad ajena,
la incansable inclemencia de los hombres;
trazan, con la cal espolvoreada de su instinto,
el espacio vital en que conviven
y en donde dan a luz, en parto colectivo,
la muerte de la acción individual
y el hermanar las garras, los olfatos
y la materia gris, aún larvaria,
de su afán solidario.

III

El tren de pasajeros de la historia
(que nunca se detiene,
que no puede meter jamás reversa
ni podrá descarrilarse),
lleva dentro de sí contradicciones
de enemistad profunda,
con polos que no cesan de lanzarse
miradas de desprecio y ojeriza.

Una de esas reyertas
es la permanente conflagración
entre lo mío y lo tuyo,
el anhelo en pie de guerra
de que lo deseado
debe formar parte
del jardín de delicias
de lo propio.

Pero también el anuncio, la ilusión,
de que, aun suponiendo que la base
material de la utopía

es sólo el espejismo,
estamos en la sala de espera
del mundo en que se extinga en el *nosotros*
el tormento.

En mi pueblo hay una huerta
con cien naranjos,
una fábrica de camas y roperos
y un circo que es la envidia
del universo mundo.

Como todas las herramientas que sirven
para hacer, con sus criaturas,
más llevadero
este valle de lágrimas,
que no serán evaporadas
ni por el pueril empeño del verano
ni por el calentamiento del planeta,
este naranjal,
esta fábrica,
este circo,
pertenecen hoy día a individuos
audaces,

aventureros,
afortunados
con escrúpulos marchitos
que en sus eriales de prebendas
cosechan sustanciosos tintineos.

A estos bienes, y a toda la riqueza
salida de las manos fantasiosas
de los esclavos
(que oyen los telegramas del cerebro
y conforman las cosas con el hilo
de sus ademanes)
¿no sería mejor
tenerlos bajo el amoroso manto
del nosotros?

Lo nuestro es la calzada real a la utopía.
No es un pasadizo secreto,
un túnel,
una gruta
donde el misterio
y su lengua de azabache
sirven como guía.

Al avanzar, hay que cuidarnos
del sablazo de la duda a media frente.
También de la traición de los que tienen
la lengua bifurcada en sus decires.
A Caín, sin titubeos,
hay que atarlo a su impotencia.
El alba está a la vuelta del empeño,
en las proximidades del espacio
donde agoniza lo distante.
La desorientación, perversa,
nos sigue, nos persigue,
habla de embusteras geografías
a nuestros pies de barro.
Pero lo nuestro, digan lo que digan,
es el camino más corto
para dar consigo mismo.
Es la explosión solar
para cambiar el orden de las cosas,
el momento indicado
para arrojar a la basura
un puño de palabras mendaces
mientras otras,

a orillas del oxígeno,
estrenan sus pulmones.

La concordia es el faro que convierte,
con su noria de luces, la esperanza
en puerto de la tierra prometida.

La estrategia política del sueño,

INDICE

	Pgs.
LA CARICIA.....	1
LA SAL DE LOS ENCUENTROS.....	6
LA ALHAJA DE LA GIOCONDA.....	11
JUGUETES.....	17
DÁDIVA DE AFRODITA.....	22
SANGRE LIVIANA	29
ROSTROS EN LA BRUMA.....	36
AMOR A LA SABIDURÍA.....	46
POESÍA I.....	52
II.....	54
DEIDADES EN LA ACTUALIDAD.....	56
CASI SIN PARPADEAR.....	62
SOLTAR LAS RIENDAS A LOS PUÑOS.....	67
LENGUAS ENVENENADAS.....	73

MATRIZ DE LA DESIGUALDAD.....	80
HIPOCRESÍA Y CINISMO.....	86
LA ESCALERA.....	91
DE LO MÍO Y LO TUYO I.....	100
II.....	107
III.....	109
IV.....	117
V.....	122
VI.....	124
DE LO NUESTRO I.....	127
II.....	131
III.....	135